

El mundo cerebral y el mundo mental

Alejandro Aguilar Machado

Razón, y mucha, tenía Bergson, al establecer una neta diferencia entre el mundo cerebral, y el mental. El primero se puede resolver en procesos semejantes a cuantos se precisan y ubican en las escalas superiores del mundo zoológico. ¡Ah!, el mundo mental, éste sí que rebasa todas las posibilidades de la masa encefálica, y de la médula espinal y de los reflejos condicionados. En esta área maravillosa desenuélvense las posibilidades del impulso que opera la transformación de las técnicas, y allí mismo, la cultura obtiene sus mejores sorpresas y creaciones. En el mundo mental se depositan tanto los materiales de que se alimenta su propia interna realidad, como aquellos que prenden en nuestras almas el milagro de la inspiración. Por él y mediante él, las sociedades humanas son dinámicas y no estáticas, como las de las abejas y hormigas.

A causa del mundo mental, el Ser Hombre, experimenta la angustia y esa disconformidad que hace de la asociación humana no una célula cerrada y perfecta, sino una comunidad abierta y perfectible.

Aún existe algo más trascendente y más claro como revelación de la potestad espiritual. En el vivir de la materia todo marcha de un ayer que se congela en el pasado, a un futuro que emerge del presente, como

la mariposa de la crisálida.

En cuanto al Ser Hombre, la forma del tiempo psicológico es diversa, no se corresponde con el tiempo físico. Nosotros, los humanos, vivimos primero en el futuro, el que se nos presenta como una esperanza, como un proyecto, o como un mero ideal. Desde el amanecer acariciamos en la intimidad del alma algo que se vislumbra en la lejanía de lo que aún no es: el médico, se despierta con el pensamiento en sus casos de gravedad; el abogado, en los recursos que le brindan las leyes, frente a los juicios que defiende en los Tribunales; el maestro, al abrir sus ojos a la luz del nuevo día, ya inicia en su fuero interno el análisis del efecto que pudiera ocasionar, en los discípulos, la clase que él preparó. Así todos, todos, desde el de más humildes quehaceres al jefe del Estado, todos, incrustamos nuestro vivir en un futuro, esperanza o ideal, y pugnamos por convertir este futuro, en un auténtico presente.

El tiempo psicológico podría convertirse en tiempo físico, si nouviésemos en la esencia misma de la más íntima estructura, el aliento del espíritu que preside al mundo mental como el mejor destello de la inmortalidad.

El hombre de los tiempos modernos, el que emerge entre las auras renovadoras del Renacimiento, abortó hubo de contemplar el mundo circundante y convirtió el acto inmediato de

aplicar sus sentidos a lo objetivo, en un único criterio de la verdad. La impresión sensible de la vida, transfórmase así, en una teoría del conocimiento. El conocimiento inmediato vino a regular los elementos teóricos de las ciencias y, además, las expresiones vitales del ser que vive para sí: el hombre.

Como culminación de ese movimiento de ideas, orientado en sus pasos iniciales dialécticamente por Hobbes, la filosofía positivista de Comte, alcanza tantas prerrogativas que, en la hora actual, se ha convertido ese enfoque del acontecer social, en una verdadera religión, con sus dogmas, su culto, y sus ídolos. Nosotros, en íntimos convivios de estudiantes, hemos llamado a ese sistema de ideas, materialismo de salón. ¡Y todavía algo más grave!.

El fundador de la Sociología, como ciencia oficial, pretendió alcanzar el método singular de las Ciencias Sociales, cuando no hizo otra coasa, claramente con lujo de argumentos, que adaptar los resultados de la investigación inductiva del campo material, que es de cantidades, al campo del espíritu, que es de cualidades.

Hoy, debemos a la corriente historicista, en las ciencias del espíritu, el enfoque positivo de las mismas, no como una adaptación, sino como la adecuación del método, es decir, el positivo, al objeto singular que

El mundo...

Viene de la Pág. 15

le ofrece el área dilatada y trascendente, del hombre y sus productos. Las ciencias Sociales han encontrado así, la singularidad de su propio método. La cantidad no podría ahora confundirse, con la cualidad ni la masa, con lo que tiene significación, aun cuando carezca de volumen. Tampoco pudiéramos ahora confundir una mera explicación, física o natural, con la comprensión interna a que nos obligan los brotes geniales de las artes o los conceptos abstractos del pensar filosófico.

Como puede notarse, la presencia del espíritu, de esa estupefahcnda paradoja que sin tener poder alguno, es el mayor de todos los poderes, esa presencia, ya es efectiva en el campo de las ciencias de la Sociedad, y en el método mismo de tales disciplinas. Pero, la ciencia oficial, con alcanzar tan enhiestas climas, no se ha atrevido aún, agotada que sea la visión de lo temporal, de la vida histórica con sus limitaciones, a pronunciarse sobre la inmortalidad.

Evita, el uso del término; soslaya el desenvolvimiento concreto, de tan ética como inevitable y constructiva tesis. Afirma sí, que nada, nada, está llamado a la extinción total. Ni en el campo de la materia, ni en el área de la vida, se pierden la más imperceptible vibración y el más sutil de los pensamientos. Pero, duda todavía, contra el sentido de las religiones y desconociendo las múltiples experiencias de sabios tan prestigiosos como honestos, duda todavía en declarar, como el ilustre Chevreuil, cuya obra: "Uno no muere", fue premiada por la Academia de Ciencias de Francia, lo que sigue:

"No se puede limitar la vida humana al corto espacio de tiempo comprendido entre la cuna y la tumba. Es preciso afirmar que detrás de esos límites, no hay ya misterio".